

**María Eugenia Vásquez Perdomo**

Antropóloga

Activista de los Derechos Humanos de las Mujeres

## **Insurgentas: sujetas políticas en la construcción de paz**

Opino desde los márgenes y me gusta hacerlo así. Soy excombatiente de la insurgencia y soy mujer; desde este lugar quisiera referirme al tema que nos convoca en la presente edición de la revista *En Otras Palabras...*: la reinención de la paz. No intento teorizar sino hablar desde aquellas vivencias que se filtran entre las construcciones teóricas<sup>1</sup> y contarles cómo me fui aproximando a la idea de paz que hoy asumo, reflexionada algunas veces en soledad, y otras, en compañía de mujeres que han vivido esta misma guerra, desde lugares y perspectivas diferentes.

A partir de la experiencia que esbozaré de manera puntual, propongo detener la mirada sobre un sujeto colectivo y político imprescindible para el logro de la paz, hablo de las mujeres excombatientes de la insurgencia, de las insurgentas, como gustan llamarse las zapatistas.

## Mi ruta

### Acercamiento

Antes de aprender a leer conocí la “gramática de la guerra”<sup>2</sup> escuchando las historias que contaba el tío abuelo sobre la participación de nuestra parentela en la Guerra de los Mil Días<sup>3</sup>. Mi infancia está

- 1 Margoth Rago, 2001. *Entre la historia y la libertad*. “Luce Fabbri y el anarquismo contemporáneo”. *“La vida se desliza por entre las mallas de las construcciones teóricas, escapa a las clasificaciones y niega a cada paso las generalizaciones y las síntesis”*. Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo; tomado del texto de L. Fabbri, *El Camino* (1952).
- 2 Hernando Valencia Villa, 1987. *Cartas de Batalla. Una crítica del constitucionalismo colombiano*. Universidad Nacional de Colombia. Cerec. pp.19-25. El autor analiza las tensiones entre el orden jurídico y la realidad histórica colombiana y la centralidad de las guerras en esta dinámica.
- 3 Guerra civil que azotó al país entre 1899 y 1902, enfrentó a liberales que disputaban el poder al gobierno conservador. Uno de los resultados de esta guerra fue la separación de Panamá en 1903.

poblada de imágenes de la Violencia<sup>4</sup> en territorios del Valle y Cauca: Cali, Sevilla, Caloto, Corinto, Miranda. Recuerdo que los muertos bajaban de la Cordillera a lomo de mula, acompañados de hileras de familiares y vecinos expulsados de sus tierras con la palidez del terror aún pintada en sus rostros; en los poblados, sobre el pavimento amanecían espejos de sangre como testimonio de los asesinatos nocturnos entre liberales y conservadores; ya no distingo si los gritos que guardo en la memoria son reales o hacen parte de pesadillas. En mi recuerdo la guerra antecede la imagen de paz.

### Un primer horizonte

Comencé a estudiar antropología en los años 70, cuando en el mundo se multiplicaban procesos de revolución nacional y entre la juventud universitaria del país, contagiada de los movimientos políticos del cono sur de nuestro continente, ganaba terreno la idea de que los cambios sociales y políticos sólo se lograrían a través de las armas. Yo milité en el Movimiento 19 de Abril - M-19 desde su fundación. La consigna “No hay paz con hambre”, que acompañó nuestras primeras pintas en las paredes, nuestros boletines y nuestras acciones político-militares, dibujó mi primer horizonte de paz: una propuesta de guerra insurgente para lograr las transformaciones hacia una plena democracia, como contenido de la paz. Paz con justicia social.

### Lección aprendida

En febrero de 1980, viví y reconocí el valor de las conversaciones entre adversarios como manera para resolver un conflicto político, situado originalmente en el campo militar: la toma que hicimos de la Embajada Dominicana. Un suceso en el que no

- 4 Gonzalo Sánchez G., 2006. *Guerras, memoria e historia*. Universidad Nacional de Colombia. La Carreta Histórica. La Carreta Editores. Medellín, pp. 25. Según el investigador, en Colombia realmente no se hace memoria del fin de la Violencia –confrontación liberal-conservadora-, sino de cuando ésta asume su forma más evidente, la de las armas, tras los sucesos del 9 de abril de 1948.

hubo vencedores ni vencidos, ganamos todos, como lo reconoció el gobierno de entonces, gracias a una negociación que duró dos meses, en la que ambas partes cedimos lo necesario<sup>5</sup>. El M-19 no obtuvo la libertad de las prisioneras y los prisioneros políticos que demandó en un comienzo, pero sí ayudó a posicionar en escenarios internacionales el tema de la tortura y otras violaciones a los DD.HH. denunciadas por varias organizaciones de defensores, y logró un acuerdo para que la OEA y la Cruz Roja Internacional hicieran seguimiento a los procedimientos de interrogatorio que practicaban las Fuerzas Armadas y a los tribunales militares que juzgaban a civiles acusados de rebelión.

Sin embargo, todavía me duelen los cientos de muertes, propias y ajenas, acaecidas durante esos nueve años, hasta concretar la firma de Acuerdos de Paz con cuatro organizaciones guerrilleras, a finales del año 1989, y construir el pacto político consignado en la Constitución de 1991, con la esperanza de facilitar el camino hacia una paz social basada en la participación democrática.

En el contexto propiciado por la Constituyente, la ciudadanía ensayó maneras de entender y hacer efectiva la democracia política, económica y social, maduró reflexiones sobre el alcance de los cambios que vendrían, y hasta imaginó otras maneras de acercarse a una negociación con la insurgencia



que permanecía en armas, al punto de ilusionarse con la posibilidad de una paz definitiva. Pero pronto, el escaso espacio que las normas abrían a la democracia lo fueron cerrando en la práctica y sin contemplaciones, actores sociales producto de esos tiempos: el narcotráfico y los paramilitares, con alianzas impensables, hasta lograr los resultados que el país conoce.

Como nadie desea más la paz que quienes hemos vivido la guerra, sin decaer el ánimo ante el escaso resultado de los anteriores acuerdos de paz y del pacto político consignado en la Constitución, sigo pensando que Colombia requiere una salida negociada para dar por terminada la confrontación armada y permitir el desmonte paulatino de otros conflictos que atraviesan nuestra sociedad.

Por eso desearía que ahora, cuando se anuncian oficialmente aproximaciones que podrían facilitar una negociación con la insurgencia, nos empeñáramos en fortalecer argumentos para convencer a los guerreros y guerreras de todos los bandos, que la terca idea de seguir combatiendo para mostrar poderío militar al contendor, sólo conduce a mayores pérdidas en vidas y bienes públicos, y a hacer más rentable el negocio de los señores de la guerra sobre nuestros territorios.

También me declaro en sintonía con quienes desde el movimiento de paz y de mujeres por la paz abogan por una solución política negociada al conflicto armado como un hecho fundamental en el logro de una paz que, claramente, requiere mucho más que acuerdos políticos entre las partes. Probablemente hará parte de la negociación definir la ruta de una agenda social, fabricada a muchas voces, con amplia participación de diversos actores. No olvidemos que una cosa es la negociación y otra la construcción de paz; diferenciarlas nos puede librar de nuevas frustraciones.

<sup>5</sup> Más información en: *Revista Credencial*, febrero 2010, edición 279. Aniversario. "30 años de la toma de la Embajada Dominicana. Los recuerdos de Emilia", por María Eugenia Vásquez (pp. 34-37).

## En la práctica diaria...

Hacer real la paz también es un compromiso individual, un ejercicio consciente y constante por transformar aquellos dispositivos derivados de la guerra que desdibujan otros aprendidos en el quehacer de las colectividades políticas.

En mi caso, un primer asunto fue quitarme las botas, despojarme del poder militar y salir del tablero de ajedrez en el que estaba parada: cuadros negros y blancos; figuras negras y blancas, dos bandos absolutos, órdenes jerárquicos, un juego con lógica bélica.

La decisión de renunciar a la militancia en la que había empeñado la mitad de mi vida, poco antes de la firma de los Acuerdos de Paz, si bien fue una opción personal que me daba cierta ventaja, aquello de experimentar la civilidad implicó reflexiones profundas alrededor de las lógicas que habían regido mis prácticas político-militares.

Quitarme las botas, como decía, me llevó tiempo. Una vez descalza y sin la arrogancia de poder que otorgan las armas, volví a recorrer las calles a pie; a apreciar los matices, a contemplar lo relativo de fronteras que pensaba inamovibles, analizar la realidad en sus complejidades, jubilar a la jueza implacable que me habitaba, desdibujar al enemigo absoluto para concebir antagonismos relativos; es decir, renunciar a certezas para lanzarme a mundos más amplios, así fueran enormemente inciertos. Confieso que por momentos sentí un enorme desamparo como si hubiera perdido la armadura, la estructura que organizaba mi humanidad, pero, al mismo tiempo, un sentimiento de libertad me iba seduciendo.

Desde entonces me esfuerzo, cada vez más, en adoptar una lógica de reconocimiento y respeto por las demás personas, sus maneras de sentir y pensar; por aceptar la complejidad y tramitar las diferencias o conflictos a través de formas no violentas; por superar la polarización y no dividir el universo en ángeles

y demonios para poder ser como soy en convivencia con gente diferente.

Quizás este sea un camino para ir desmontando la militarización, expresión concreta de las lógicas bélicas, que ha logrado permear el conjunto de nuestra vida social y se refleja en el modo de relacionarse desde la fuerza y el sometimiento (matoneo escolar, feminicidios, machismo, violencia intrafamiliar y sexual); en la estética y en la moda (camuflados, botas militares); en el mercado de cine y televisión (competencia, guerra y destrucción); en los criterios de opinión promovidos por medios de comunicación (sesgados, polarizantes, estigmatizantes); en la justicia cuando pretende admitir el “todo vale en la guerra”, y en las políticas públicas de defensa y seguridad que privilegian el componente militar y el control territorial (políticas y planes de Consolidación Territorial).

Por eso la invitación a quitarse es más amplia, no sólo para quienes experimentaron o experimentan la milicia; con esta metáfora me refiero a remover toda esa estructura de pensamiento belicista y a transformar, desde nuestras prácticas más cotidianas hasta las políticas públicas. Por ejemplo, dando un NO rotundo a creer que mediante la guerra ganamos la paz, a las políticas de seguridad basadas en la fuerza militar, a destinar más presupuesto a la guerra que a la educación, pero, también NO a los juegos de guerra, a la moda camuflada, a las formas violentas de relacionarse y de resolver los conflictos de la vida diaria, a permitir que nuestros hijos e hijas se vinculen a grupos armados, a difundir opiniones polarizadas. Y si algún guerrero o guerrera se cruza en nuestro camino, en lugar de darles la espalda (muerte simbólica) quizás resulte mejor convidarlos a que se despojen de la armadura y convencerles de que transitar la vida puede ser más fácil con los pies descalzos y el cuerpo liviano.

Más que reinventar la paz, quizás tengamos que reinventarnos cada uno y una de nosotras. Sobrevivir

la guerra y afrontar el temor a reinventarse nos puede brindar a todos y todas, combatientes, no combatientes, víctimas y agentes de decisiones, un horizonte de paz con nuevas tonalidades que superen el blanco y negro de un tablero de ajedrez.

## Aprendizaje con otras

Junto a otras mujeres, amigas, compañeras de viaje en los trabajos populares, con aquellas víctimas que se convirtieron en actoras políticas, aprendí que la paz se construye en el día a día como parte de las tareas al parecer más simples, porque lo que hacen ellas desde tiempo atrás, a su ritmo, a su manera, desde su perspectiva, es enriquecer los contenidos de la paz con otras miradas, otros lenguajes y otras concepciones sobre la vida. Un aporte poco apreciado en el terreno político como parte de la construcción de paz que viene avanzando.

Desde la particularidad de sus prácticas, las mujeres, han contribuido a redimensionar la paz develando sus expresiones más cotidianas y tratando de destacar la importancia política de las mismas. Si en nuestros análisis sobre paz no hacemos visibles las transformaciones derivadas de las estrategias de resistencia que han desarrollado colectivamente las mujeres en sus territorios, se continúa dejándolas, injustamente, atrapadas en la visión cortoplacista que considera el accionar femenino encaminado exclusivamente a resolver las necesidades inmediatas de la familia<sup>6</sup> sin valor frente a la construcción de una política pública de paz.

<sup>6</sup> Ver más en: Arturo Escobar. 1996. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. "Las mujeres: agricultoras invisibles". pp. 324-336. Editorial Norma S.A., Bogotá.



A propósito, en una entrevista publicada por *El Espectador*, la liberiana Nobel de Paz, Leymah R. Gbowee, a la pregunta, ¿por qué cree que las mujeres son especialmente aptas para la construcción de paz, respondió, “No voy a decir que es sólo porque son madres y las que nutren. Pero en las comunidades en conflicto, las mujeres son las que están ahí todo el tiempo. Ellas entienden y conocen a su comunidad. [...] Tienen conocimiento de las personas y del contexto. Si uno desea conocer el problema de un pueblo en Colombia, tiene que preguntar a la mujer que ha vivido en esa cabaña todo el tiempo del conflicto. A la hora de hacer análisis del conflicto y construcción estratégica de paz, las mujeres son invaluable.”<sup>7</sup>

Por fortuna, Colombia cuenta con organizaciones de mujeres empeñadas en la paz que trabajan desde varias perspectivas y han logrado hacer visibles sus aportes, posicionar sus acciones en lo público y realizar movilizaciones de impacto con demandas políticas como la salida negociada al conflicto armado interno y la exigencia del cese a las violencias contra mujeres en medio de la guerra. Unido a ello, han avanzado en la elaboración de una política pública nacional para mujeres, que si se cumple, contribuirá a aclimatar la paz con contenidos de equidad. Sin embargo, vuelve a hacerse necesario el trabajo conjunto para concertar una agenda común que incida en la agenda social a desarrollar, junto a los acuerdos de paz.

## La propuesta

Un país como Colombia, cruzado por guerras fratricidas desde su nacimiento como república,

*El Espectador*, marzo 13 de 2012. “El diálogo es la vía para resolver los conflictos”. Charla con la Nobel de Paz, Leymah Roberta Gbowee, la líder del movimiento que puso fin a la segunda guerra civil liberiana, en 2003. Por: Aldo Civico/Especial para *El Espectador*. Consultado el 27 de agosto de 2012 en página web: <http://www.elespectador.com/impreso/vivir/articulo-332193-el-dialogo-via-resolver-los-conflictos>

cuenta con un gran porcentaje de población, que en algún momento, estuvo vinculada a uno u otro bando en contienda; así que excombatientes hay miles, ¿por qué negarlos? En el caso de la insurgencia, con lo prolífica que ha sido en los últimos cincuenta años, los y las sobrevivientes seguramente son más de los que calculan las estadísticas oficiales y más de las voces que aparecen como generadoras de opinión. Me pregunto ¿por qué no cuentan como sujeto político colectivo?, ¿qué podrían aportar las y los excombatientes de la insurgencia, frente a este nuevo intento de negociaciones? ¿Será que su experiencia de afrontar la civilidad no ofrece lecciones válidas?

La nuestra es una sociedad en la que florece la ambivalencia: de una parte se sacraliza o se idealiza al guerrero (no a la guerrera) y de otra parte, cuando depone las armas se le considera contaminado de guerra y se le margina, o en el mejor de los casos se mantiene el estigma como espada de Damocles sobre su cabeza. En este marco, las mujeres excombatientes de la insurgencia hemos tenido dificultades particulares por el hecho de ser mujeres vinculadas a la guerra<sup>8</sup> y otras más generales, compartidas con el resto de mujeres, al incursionar en el terreno político. Sin embargo, hemos insistido en constituirnos colectivamente para resignificar nuestra experiencia en doble sentido, como mujeres y como sujetos políticos. Renunciar a la guerra y aventurarnos a construir la paz, sin duda fue una decisión acertada. Pero, ¡nadie!, ni la sociedad, ni las organizaciones de las que hicimos parte, ni nosotras mismas comprendíamos a cabalidad las implicaciones de un cambio tan profundo.

Tras los Acuerdos de Paz de los años 90 al 97, la mayoría de mujeres protagonistas políticas y militares durante los años de guerra, desaparecieron del escenario público. Tan sólo diez años después, un grupo

8 Doble transgresión, doble estigma: ni “buenas” ciudadanas, ni “buenas” mujeres. Por actuar contra el establecimiento y contravenir los roles correspondientes a las mujeres en la pareja, la familia y la sociedad.

de mujeres de diversas organizaciones insurgentes comenzamos a reflexionar sobre lo que significó incursionar en el mundo de la guerrilla y luego, cuáles fueron las principales dificultades del retorno a la vida civil y la reconstrucción de nuestros proyectos de vida en una perspectiva de paz. Ese colectivo, con sus altibajos, todavía se mantiene.

Mi propuesta se orienta a propiciar la reflexión sobre el carácter de las insurgentas como sujetos políticos en el concierto del trabajo por construir la paz evaluando su opción por la no violencia. Me pregunto, ¿aceptará el movimiento de mujeres por la paz que participemos en la construcción de una agenda común?, ¿nos reconocerá como sujetas políticas el movimiento popular?

Es más, tomando en cuenta las dinámicas de anteriores conversaciones entre gobierno e insurgencia, me pregunto por las guerrilleras ¿tendrán la posibilidad de reflexionar sobre temas de su interés y construir propuestas que se integren a las agendas que plantearán en la negociación? ¿Las organizaciones de mujeres por la paz habrán pensado en incluir en sus agendas algunas de las propuestas de las guerrilleras? Si se logra una agenda común, ¿incluirá algunas propuestas de mujeres vinculadas a la insurgencia?

Si persuadimos a las mujeres guerrilleras de participar en representación de sus propios intereses y exponer sus puntos de vista; si buscamos acuerdos entre ellas, nosotras, y las otras, más allá de los acuerdos habremos avanzado hacia una democracia en la que tengan acomodo las diversas visiones del mundo, una democracia que acepte las diferencias y abra la posibilidad de superar aquellas fracturas, producidas por las guerras, que contagian de inseguridad el presente de todos y todas.

En esta utopía inscribo mi propuesta, tal vez porque confío que en medio de la polarización social, las colombianas mantengamos una esperanza terca en la paz, hasta lograrla.